

The background of the cover is a photograph of a richly decorated bedroom. A bed with a patterned orange and red bedspread is the central focus. To the left, a chair with a dark red seat and a gold frame is visible. The walls are covered in patterned wallpaper, and a decorative sculpture is mounted on the wall in the upper left corner.

SABRINA
JEFFRIES

*En la cama
del Príncipe*

TERCIOPELO BOLSILLO

En la cama del Príncipe



TERCIOPELO

En la cama del Príncipe

Sabrina Jeffries

Traducción de Iolanda Rabascall



TERCIOPELO

Título original: *In the Prince's Bed*
Copyright © 2004, by Deborah Gonzales
Spanish Language Translation © 2005, by Libros del Atril, S.L.

Primera edición: mayo de 2010

© de la traducción: Iolanda Rabascall
© de esta edición: Libros del Atril S.L.
Marquès de l'Argentera, 17. Pral. 1.^a
08003 Barcelona.
correo@terciopelo.net
www.terciopelo.net

Fotografía de cubierta: Glenn Gulley / Bedroom from Palazzo Sagredo,
Metropolitan Museum of Art, NYC

Impreso por Litografía Roses, S. A.
Energía 11-27
08850 Gavá (Barcelona)

ISBN: 978-84-92617-44-9
Depósito legal: B. 15.029-2010

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida,
ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de
recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio,
sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por
fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

A Micki Nuding, mi querido editor, por haber
confiado siempre en mí.

Y a toda la gente maravillosa de Bruegger's
Bagels y Bushiban Coffehouse, por haberme
servido suficiente café como para mantener a
flote a un buque de guerra durante la redacción
de este libro y de los siguientes, y porque nunca
fallan en su intento de hacerme sonreír.

A vosotros os dedico este libro.

Capítulo uno

Londres, 1813

Procura no engendrar bastardos. Éstos te perseguirán incansablemente, incluso después de que los placeres carnales hayan desaparecido.

ANÓNIMO,
The Art of Seduction Reveal'd,
o *A Rake's Rhetorick**

Llegaban tarde.

A la luz de la lámpara de gas, Alexander Black consultó su reloj de bolsillo que le había regalado el mismísimo duque de Wellington. Pasaban veinte minutos de la hora. Había gastado parte del escaso dinero que le quedaba en el brandy francés más selecto de la casa, y ahora sus invitados no se personaban.

Por lo menos, la reserva del salón privado en el hotel no le había costado ni un solo penique. Continuó con la mirada clavada en la calle a través de la ventana y aguzó el oído hacia los establos por la fuerza de la costumbre. Desgraciadamente, no oyó el ansiado ruido trepidante de los cascos de los caballos y de las ruedas de la carroza sobre la calle empedrada.

Estaba profundamente sumergido en sus pensamientos cuando unos golpes en la puerta lo sacaron de su ensimismamiento.

—¿Lord Iversley?

Correcto, él era el conde de Iversley. Después de tantos

* *Los secretos del arte de la seducción o La retórica del libertino.*

años haciéndose llamar simplemente señor Black, ahora le costaba recordar su recién estrenado título aristocrático.

—Adelante.

Un mozalbete abrió la puerta. Su nerviosismo era palpable e inexplicable, hasta que Alec avistó al individuo que venía detrás del muchacho.

—L... Lord D... Draker está aquí.

El sirviente se encogió y se giró hacia la figura fornida, preso del terror. Era obvio que conocía la reputación del visitante, al que todos llamaban el vizconde Dragón.

—¿N... necesita alguna cosa más, s... señor?

Draker fulminó al sirviente con una fiera mirada. Incluso ataviado con unas vestiduras sencillas y deslucidas, ese hercúleo greñado era capaz de convertir una piedra en arenilla con tan sólo una mirada.

—¡Largo! —gruñó. Cuando el muchacho hubo desaparecido escaleras abajo, tan rápido como sus piernas se lo permitieron, Draker hizo una mueca de disgusto—. ¡Qué idiotas! Creen que tengo cuernos en la cabeza.

—Entonces quizá no deberíais despedirlos con ladridos —terció Alec secamente.

Los oscuros ojos del gigante se posaron sobre Alec.

—Un hombre sabio no hace nunca alarde de sus opiniones.

—Un hombre sabio jamás invitaría a un individuo como vos, pero me gusta correr riesgos.

—A mí no. —Desde el umbral de la puerta, el vizconde examinó la estancia silenciosamente. El mobiliario era robusto, al gusto de los oficiales del ejército. La sala estaba ocupada por cuatro sillas de madera de roble macizas y una mesa con unas cabezas de leones con la boca abierta, a punto de emitir un rugido, esculpidas en las patas.

Alec ofreció una vaga sonrisa a su invitado. Era importante que Draker se sintiera cómodo.

—Y bien, ¿cuál es el motivo de este encuentro? —preguntó Draker.

—Os lo explicaré tan pronto como llegue el otro invitado.

Draker pareció disgustado, pero finalmente se decidió a entrar en la sala.

—¿También le habéis enviado la misma nota ridícula que a

mí, proponiéndole que acepte vuestra invitación si desea que su vida dé un giro radical?

—Si realmente considerasteis que la nota era tan ridícula, decidme, ¿por qué habéis venido?

—No sucede cada día que un conde al que no tengo el placer de conocer tenga la osadía de dirigirse a un hombre de mi reputación.

Alec no dijo nada. Se acomodó en una de las sillas e hizo señas para que su invitado se sentara.

—Poneos cómodo. Si lo deseáis, podéis saciar vuestra sed con este magnífico brandy.

Draker se sentó. En el momento en que iba a asir la copa, un esbelto caballero con el pelo castaño entró por la puerta con paso tranquilo, los miró de forma insolente y, sin sacarse los guantes blancos, depositó sobre la mesa una hoja doblada.

—Supongo que sois el artífice de esta invitación tan peculiar, ¿me equivoco?

—En absoluto. Soy Iversley —se presentó Alec al tiempo que se levantaba de la silla—. Y vos debéis de ser el dueño del Blue Swan.

—Gavin Byrne para serviros —saludó el individuo con una reverencia teatral.

Alec percibió la creciente tensión de Draker, por lo que rápidamente señaló una de las sillas vacías y dijo:

—Muchas gracias por venir. Sentaos, por favor.

—Podéis sentaros en ésta que yo ocupó —interrumpió Draker. Después se incorporó y se dirigió hacia la puerta—. Yo me marcho.

Por unos instantes Alec pensó que sus planes se iban a desintegrar ante sus propios ojos.

—¿Qué le pasa a ese caballero? —refunfuñó Byrne—. ¿Acaso no tiene suficiente coraje como para hacer negocios conmigo?

Draker se dio la vuelta y clavó los ojos en su interlocutor.

—No creo que nuestro anfitrión quiera proponernos ningún negocio interesante. Probablemente habréis oído hablar de mí, al igual que yo he oído hablar de vos. Soy Draker.

No tuvo que dar más explicaciones. A Byrne se le tensó cada uno de los músculos de la cara, luego se giró y se encaró a Alec.

—¿Qué es esto, Iversley? ¿Una broma de mal gusto? —Avanzó hasta la ventana y observó la calle sin parpadear, claramente molesto—. Vamos, decidles a vuestros amigos que se ocultan ahí abajo para presenciar la primera cita de los dos hermanastros más odiados de Inglaterra que den la cara...

—No hay nadie más, sólo nosotros tres —respondió Alec con cautela.

Byrne continuó oteando a través de la ventana, buscando los destellos de unos ojos entre las sombras.

—¡Ah! Así que lo que buscáis es una compensación económica. ¿Acaso estáis pensando en un chantaje? Pues sintiéndolo mucho os diré que os habéis equivocado. Todo el mundo en Londres está enterado de mis vínculos con la realeza.

—Y de los míos —intervino Draker mientras se pasaba la mano por encima de la cicatriz que se entreveía entre su poblada barba. El padre natural de Draker no se casó con su madre. Por fortuna para Draker, otro hombre estaba casado con ella y lo aceptó como hijo legítimo.

—Habéis organizado esta reunión para nada. Y ahora, si me excusáis...

—Por lo que veo el temible Draker no es más que un cobarde —espetó Alec—, temeroso de celebrar una breve reunión con sus dos hermanos.

Draker lo miró perplejo.

—Veamos si comprendo esta broma, maldito... ¿Qué queréis decir, con eso de dos hermanos? —le preguntó colérico.

—A pesar de mi aparente legitimidad, yo también soy bastardo, igual que vosotros dos. Y hay algo más que compartimos: el mismo padre —respondió Alec. Después alzó la copa con una mano temblorosa para brindar—. ¡Enhorabuena, caballeros! Acabáis de ganar un hermanastro, y el Príncipe de Gales acaba de ganar otro hijo ilegítimo.

Un denso silencio inundó la sala, tan denso como la niebla de Londres. Durante unos interminables segundos, Byrne y Draker contemplaron atónitos a Alec mientras éste apuraba su copa llena de licor.

Draker rompió el incómodo silencio reinante con un potente puñetazo contra la mesa. Tenía la misma mirada desafiante

que los leones tallados en las patas que sostenían la mesa; su furia parecía incontenible.

—¡Estáis llevando esta broma demasiado lejos! Jamás he oído un escándalo de esa índole sobre vuestra familia.

—Quizá nadie lo sepa —intervino Byrne—. No sé por qué, pero me inclino por creerlos.

—¿Cómo? —le preguntó Draker aturdido.

—Veamos, ¿qué motivos podría tener un hombre que acaba de estrenar un título nobiliario para soltar una patraña como ésa? Ninguno.

Alec respiró profundamente.

—Por favor, sentaos. Tomad un poco de brandy y permitidme que os cuente la historia; os aseguro que no os arrepentiréis.

Byrne se encogió de hombros.

—De acuerdo, me echaré un poco de ese brebaje.

Sin pensarlo dos veces se sirvió una porción generosa de brandy, se desplomó sobre la silla y apuró el contenido de la copa. Tras unos segundos, Draker hizo lo mismo.

Hasta el momento el plan estaba saliendo como Alec había esperado. Él también se sentó y se sirvió más brandy. Los tres bebieron en silencio, lanzándose miradas furtivas intentando descubrir similitudes físicas entre ellos.

Resultaba difícil creer que esos dos fueran sus hermanos. Draker, ancho de pecho y con porte musculoso, había heredado la complexión robusta de los Hanovers pero sin la opulencia de carnes ni el reputado interés por la moda de su progenitor. Con su melena desaliñada, su poblada barba y su vestimenta sencilla y trillada, Draker daba la impresión de despreciar por completo la sociedad y las pautas sociales.

En la otra cara de la moneda estaba Byrne, quien seguramente había venido directamente desde el famoso club de caballeros que regentaba. Su armilla blanca y sus impecables pantalones negros de seda florentina eran la ropa más fina que Alec jamás podría llegar a soñar y, excepto por la aguja coronada por rubíes que lucía en la corbata, la apariencia de Byrne era sorprendentemente sobria, especialmente si se tenía en cuenta los círculos exaltados en los que Byrne se movía.

A pesar de ser declaradamente hijo ilegítimo, su habilidad

con los naipes lo habían convertido en un personaje tan popular tanto para el duque de Devonshire como para el camarero más miserable de White's.

—Vuestra revelación explica las extrañas habladurías en torno a vuestra persona. —Byrne deslizó el dedo por el borde de la copa—. Se dice que vuestro padre os envió a dar la vuelta por Europa, y que durante los diez años que duró el viaje os dedicasteis a buscar el placer constante, incluso no asististeis al entierro de vuestra propia madre.

Alec hizo un gran esfuerzo para suprimir su creciente rabia. Por supuesto que su padre había difundido calumnias acerca de él; ese viejo chivo era incapaz de distinguir la verdad de la mentira.

—Lo cual me parece muy extraño —prosiguió Byrne—, teniendo en consideración que jamás nadie os vio en ninguna fiesta fuera del país. Y yo coincidí con... vuestro padre una sola vez, y os aseguro que no me pareció la clase de individuo capaz de tolerar la deserción de su heredero. Además, estaba la cuestión preocupante de la guerra en tierras europeas.

Alec apuró la copa. Odiaba tener que exponer su vida como un libro abierto ante sus hermanastros, a los que no conocía prácticamente de nada, pero sabía que no le quedaba otra alternativa.

—No había guerra cuando abandoné Inglaterra. Coincidió con el período efímero de la Paz de Amiens.

—¿Dónde estuvisteis, exactamente? —preguntó Draker.

—En Portugal. El viejo conde me envió a vivir con su hermana, cuyo marido portugués creía fervientemente en la eficacia de aplicar castigos corporales a los muchachos ingleses rebeldes. Sólo estuve con ellos un par de años, pero después no pude regresar porque mi padre me vetó pisar sus tierras y contactar con mi madre. —De repente sintió como se le formaba un nudo en la garganta—. Ni siquiera me escribió para informarme de la muerte de mi madre hasta transcurridas varias semanas de su entierro.

—¿Hizo todo eso porque erais el hijo ilegítimo de Jorge IV?

—Sí, aunque en ese momento yo todavía no lo sabía. —Alec se sirvió más brandy—. Me enteré cuando regresé a Inglaterra justo después de la muerte del viejo conde, a través de una carta que mi madre me dejó oculta y en la que me revelaba toda la

verdad. Esa información transformó todos mis prejuicios acerca de mí mismo y de mis padres. Por lo que parece, cuando mi madre me engendró hacía muchos meses que mi padre no compartía lecho con ella, pero decidió aceptarme como hijo legítimo antes de que corriera la voz de que el Príncipe de Gales se acostaba con su esposa. Incluso llegó a tolerar mi presencia en su casa hasta que una de mis travesuras en Harrow acabó con su paciencia. Fue entonces cuando me prohibió volver a pisar las tierras de Edenmore.

—¡Cielo santo! Pero ¿qué clase de travesura fue para merecer tal castigo? —preguntó Byrne.

Alec jugueteó con su copa y observó los bellos reflejos de la luz en el cristal.

—Intenté ganar una apuesta de una cena para mí y para mis amigotes imitando a... una persona muy conocida. Pero a pesar de mi similitud física con el individuo y de mis vestimentas acolchadas, era demasiado joven y flaco como para resultar convincente.

—Estáis insinuando que osasteis imitar a... —se sobresaltó Byrne.

—Pues sí; no demostré ser nada astuto con la elección. Opté por el único personaje al que nunca debería haber imitado, y eso no le hizo ni la menor gracia al viejo conde.

Sus dos interlocutores parpadearon y luego empezaron a mondarse de risa. Después de unos segundos, Alec se unió a ellos. Qué extraño se le hacía reír con sonoras carcajadas por lo que había supuesto el peor desastre de su juventud.

—¡Qué ironía...! —Draker intentó hablar mientras continuaba desternillándose de risa—. Vuestro padre... es que sólo con imaginarlo...

Las risotadas habían ido subiendo de tono, disolviendo toda la tensión del ambiente. Cuando los tres lograron calmarse, la sensación de camaradería que se había establecido entre ellos era casi... fraternal.

—Ahora que lo decís, sí que os parecéis a él. —Byrne consiguió recuperar la compostura—. Tenéis los mismos ojos.

—Pero ¿por qué nos contáis esta historia? —preguntó Draker—. ¿Acaso no os importa convertirnos en la comidilla de Londres?

—Mi último deseo sería que empezaran a circular habladurías acerca de mi persona y mi familia. Si me he atrevido a contaroslo, es porque necesito vuestra ayuda.

Con la misma celeridad extraordinaria con que se había establecido la leve conexión entre ellos, ésta se rompió.

Byrne le propinó una mirada fría llena de cinismo.

—O sea, estáis hablando de dinero, ¿no? Por eso habéis convocado a vuestros dos hermanos ricos, para que os ayuden económicamente.

La expresión de Alec se tornó tensa.

—Es verdad que necesito dinero, pero eso no es lo que os he venido a pedir. Cuando supe realmente quién era mi padre, busqué información sobre sus otros hijos ilegítimos y averigüé que somos los únicos que no nos hemos beneficiado de nuestra conexión directa con la monarquía.

Hizo una pausa y miró a Draker.

—Vos habéis sufrido el rechazo constante de la sociedad desde que echasteis al príncipe y a vuestra madre de vuestras tierras en Castlemaine.

Después se dirigió a Byrne.

—Y el Príncipe de Gales siempre se ha negado a aceptar vuestro vínculo de sangre, por lo que aunque os codeáis con duques en vuestro club selecto, éstos no dejan de criticaros por la espalda. ¿Sabíais que os llaman el bastardo de la perra irlandesa?

—¡Si pilló a uno de esos canallas, juro que le cortaré la lengua! —La cólera de Byrne subió de punto.

Alec se encogió de hombros ante la amenaza.

—Y... como ya habréis imaginado... yo no tengo ni un penique. El conde dilapidó toda la fortuna de mi madre.

En sus últimos años de vida, el viejo chivo invirtió mucho dinero en empresas arriesgadas que diezmaron el escaso patrimonio que el asistente corrupto del conde no había logrado malversar. Por culpa de eso y de la idea obsesiva —y carísima— del duque de buscar remedios que curaran algunas supuestas enfermedades que padecía, Alec había heredado una propiedad completamente en ruinas.

—A cada uno de nosotros nos falta algo. Yo carezco de dinero; Byrne no tiene un nombre legítimo, y a Draker la sociedad no lo acepta.

—¿Y qué más le da eso a Draker? —apostilló Byrne frunciendo el ceño—. Parece que vive feliz y satisfecho en su fortaleza de Castlemaine.

—Ya, pero sospecho que a veces piensa que su aislamiento social no le favorece en absoluto. —A pesar de que Draker le reprochó esa observación, Alec se dio cuenta de que no negó los hechos—. ¿No tenéis bajo custodia a la hija que vuestra madre tuvo con el vizconde? ¿Y no se está acercando peligrosamente a la edad de desposarse? Es probable que vuestra situación social os importe un comino, pero me apuesto lo que queráis a que la situación social de vuestra hermana es otra cuestión.

—¿De acuerdo! —estalló Draker—. Mi hermana empieza a cansarme con esa idea de buscarle pareja, pero yo le he dicho que no es lo más acertado. ¿Quién querría casarse con ella? Además, después de las enormes mentiras que mi madre divulgó sobre mí, seguramente Louisa sería tratada como una leprosa a causa de mis pecados.

—Pero si no le buscáis la pareja adecuada, ¿cuánto creéis que tardará en huir con el primer lacayo o idiota local que le muestre un poco de afecto? —señaló Alec.

—¿Por qué os interesa tanto la situación de mi hermana? —preguntó Draker con una tensión latente.

Alec lanzó a Byrne una mirada estudiada.

—Si todo lo que ella necesita es que alguien la exhiba en sociedad... estoy seguro de que Byrne no tendrá ningún reparo en presentarle a ciertos caballeros que... ejem... para saldar las cuentas que tienen pendientes con Byrne, harán lo que nosotros les pidamos.

—¿Habéis dicho «nosotros»? —preguntó Byrne.

—Sí, eso mismo. Gracias a nuestro progenitor, se nos han negado las ventajas que tienen las familias normales y corrientes, conceptos como el de la amistad, la lealtad y la ayuda incondicional. Pero eso no nos debe frenar para conseguir nuestros objetivos.

Draker y Byrne lo miraban fijamente, sin abrir la boca. Alentado por las evidentes muestras de interés, Alec prosiguió con su plan.

—Cada uno de nosotros posee algo que los otros dos nece-

sitan, así que propongo que nos unamos, que formemos una alianza. Actuaremos como si fuéramos una familia; bueno, de hecho, somos hermanastros. Juntos podemos conseguir que la rueda de la fortuna nos sonría; nos podemos ayudar los unos a los otros para lograr aquello que tanto anhelamos.

Byrne arqueó las cejas.

—Y ahora llegamos precisamente a aquello que vos deseáis, ¿verdad? Pero si creéis que os voy a prestar dinero simplemente por nuestro vínculo común con el Príncipe de Gales...

—¡Ya os lo he dicho antes! ¡No quiero vuestro dinero! —terció Alec—. Es cierto que el conde me ha dejado sin blanca y con muchas deudas.

—¡Ah! Y mira por dónde, habéis insinuado que queréis algo de nosotros, y puesto que no somos los favoritos del Príncipe, no esperaréis que consigamos que él os dé dinero...

—¡Por supuesto que no! —replicó Alec firmemente—. Dudo que sepa que soy su hijo, y lo cierto es que prefiero que no lo sepa. Además, él no dispone de tanto dinero como el que yo necesito.

Los ojos de Draker se achicaron.

—¿De qué cantidad estáis hablando?

—Ah, pues... para arreglar Edenmore, o sea, para reconvertirla en una propiedad productiva y restaurar la mansión para que sea habitable... —resopló—, más o menos unas setenta y cinco mil libras; quizás un poco más.

Draker lanzó un silbido, y Byrne sentenció:

—Tenéis toda la razón del mundo. Nadie os prestará esa cuantiosa suma de dinero. Ni siquiera tendríais posibilidades de conseguirla si probarais suerte en el juego.

—¡Jamás se me ocurriría probar suerte en el juego! —Alec depositó la copa encima de la mesa—. No, llevo tiempo dándole vueltas al asunto y sólo se me ocurre una solución viable: casarme con una rica heredera.

—¡Ni soñarlo! ¡Olvidaos de Louisa! —bramó Draker.

Alec no pudo reprimir un gesto de fastidio.

—Por el amor de Dios, no quiero casarme con una chiquilla recién salida de la escuela. Prefiero a una mujer madura que comprenda las reglas de la sociedad inglesa: Haz lo que te plazca siempre y cuando seas discreto. Puedes ser la persona más vil

en privado siempre y cuando te comportes adecuadamente en público. Simula que el matrimonio es un pacto de amor, aunque todos sabemos que sólo se trata de dinero y de posición.

—Pues, la verdad, eso suena más bien cínico —comentó Draker.

—De todas las personas, vos sois la que más sabe, sin lugar a dudas, que no miento. ¿Por qué sino habéis decidido escapar de esta sociedad corrupta y encerraros en vuestra propiedad de Hertfordshire? No es que os acuse de nada; yo también intenté huir y mantenerme alejado de ese entorno en lugar de regresar aquí y pedir lo que era mío, y por eso lo he perdido casi todo.

Alec sonrió amargamente y prosiguió:

—He aprendido la lección. Si sigues las reglas del juego, al menos en público, conseguirás lo que te propones. Y mi deseo es restaurar Edensmore. Por eso tengo que buscar la forma de conseguir una fortuna, igual que hacen otros aristócratas arruinados, y podéis estar seguros de que no cesaré hasta lograr mi objetivo.

Draker sacudió la cabeza enérgicamente.

—Cualquier rica heredera con esa suma de dinero está armada hasta los dientes para no caer en las redes de un cazador de fortunas. Y si ella no lo está, lo estará su padre.

—Pero este señor es un conde —intervino Byrne—. Ahí fuera hay un sinfín de mercaderes que estarían encantados de pagar grandes sumas de dinero si el premio consistiera en convertir a sus hijas en condesas.

—¿Una cantidad tan elevada? —apuntó Alec incrédulo mientras avivaba el fuego de la chimenea—. ¿Qué loco entregaría a su hija junto con setenta y cinco mil libras a un conde cazafortunas con la reputación de ser un truhán que abandonó a su familia a causa de su incontenible anhelo de placer? No puedo contar la verdad sobre mi experiencia fuera del país sin tener que dar explicaciones acerca de la razón real de los problemas entre mi padre y yo, y eso es algo que no deseo hacer.

Alec clavó los ojos en las llamas.

—Pero los rumores por sí solos no tienen por qué repercutir negativamente en mi plan, siempre y cuando consiga ocultar mi pobreza mientras esté cortejando a la rica heredera. Mi

intención es pedir la mano de la joven antes de que ella averigüe mi terrible estado financiero.

No, Alec no deseaba cometer el mismo fallo que el viejo conde, que permitió que su futura esposa supiera que quería casarse con ella sólo por su dinero; eso sólo empeoraría las cosas, en lugar de mejorarlas. Se limpió la ceniza de las manos en los pantalones y continuó:

—Por eso necesito vuestra ayuda. Tengo que conseguir que la heredera no se me escape antes de que la verdad sobre mis finanzas se esparza como la pólvora hasta todos los confines de Londres. Pero mi mayor problema es que no conozco a ninguna dama acaudalada. Me fui de aquí cuando todavía era muy joven, y ahora no dispongo de mucho tiempo para realizar tales averiguaciones.

Seguidamente, fijó toda su atención en Byrne.

—Vos os movéis en esa clase de círculos de poder, y cada día sois partícipes de mil y un chismes financieros. Vos me podríais proporcionar la información que preciso.

Byrne no dijo nada. Entonces Draker carraspeó con cierto nerviosismo y objetó:

—Puesto que yo me he mantenido al margen de esa sociedad durante más de la mitad de mi vida, no alcanzo a comprender cómo queréis que os ayude.

Alec apartó la vista de Byrne para fijarla en Draker.

—Podríais prestarme una de vuestras carrozas. Puedo conseguir casi todo lo que necesito por medio de un préstamo, pero una carroza no, es demasiado grande.

—¿Decís que no tenéis carroza? —exclamó Byrne sin dar crédito a lo que oía.

Alec se irguió con una tensión evidente. Cómo odiaba esa situación de pedigüeño.

—Mi padre vendió las dos carrozas de la familia. También vendió nuestra casa de Londres, por lo que tengo que alojarme aquí, en el hotel Stephens. De momento he logrado mantener mi refugio en secreto, pero si me desplazo siempre andando, algunos empezarán a sospechar. —Miró directamente a Draker—. Y he pensado que... ya que...

—Ya que yo no hago vida social, podría prestaros una carroza. —Draker terminó la frase.

Alec afirmó con la cabeza, con aire de estar avergonzado.

—Os prometo que no sufrirá ni el más leve rasguño.

En lugar de sentirse insultado, Draker parecía estar disfrutando de lo lindo.

—Si además me prometéis que no engancharéis un par de jamelgos de aspecto escuálido a la carroza...

—¿Me ayudaréis? —preguntó Alec ahora más animado—. ¿Aceptáis uniros a la alianza que propongo?

—Supongo que no tengo nada que perder; especialmente si mi hermanita obtiene un marido decente con ello. —Draker arqueó las cejas y esbozó una sonrisa burlona—. Y no a un cazafortunas.

Alec sonrió con tristeza.

—Espero que la familia de mi rica heredera no sea tan quisquillosa.

—Pues estoy pensando en una chica que podría ser la adecuada —precisó Byrne—. Los jugadores de cartas suelen tener la lengua muy larga.

Alec notó que se le aceleraba el pulso.

—¿Así que vos también os unís a esta alianza?

—¿A la Real Hermandad? Sí. —Byrne experimentó una agria sensación en la boca—. Aunque claro, para vosotros dos es muy fácil, porque ante los ojos de la ley sois hijos legítimos. Pero no podéis convertirme en hijo legítimo ni conseguir que obtenga el respeto que el Príncipe de Gales me negó a mí y a mi madre.

—Estoy seguro de que os podremos ayudar de algún modo. Os prometo que en esta empresa saldréis ganando tanto como nosotros.

—Eso espero —afirmó Byrne—. Además, puede ser divertido ver cómo triunfáis bajo las propias narices de nuestro padre.

Por primera vez en varias semanas, Alec se sintió lleno de esperanza y rió alegremente.

—Entonces, ¿sellamos el pacto? ¿Qué tal si unimos nuestras manos en señal de buena voluntad para conseguir todo aquello que deseamos?

—¡Acepto! —murmuró Draker.

—¡Y yo también! —Byrne sirvió más brandy para todos y

propuso un brindis—: ¡A la salud de La Real Hermandad de los Hijos Ilegítimos! ¡Por su futuro y por su prosperidad!

Los otros dos se levantaron, elevaron sus copas al unísono y se apuntaron al brindis. Después Alec volvió a sugerir otro brindis:

—¡A la salud del Príncipe de Gales, nuestro progenitor real!
¡Ojalá se pudra en el infierno!

Capítulo dos

Ninguna mujer puede resistirse a un hombre que la desnude con la mirada.

ANÓNIMO,
A Rake's Rhetorick

Katherine Merivale no podía creerlo. Aparentemente, el escandaloso libro de papá no se equivocaba: un canalla seductor y libertino podía hacer sucumbir a una tierna damisela con sólo una mirada. Únicamente una monja hubiera sido capaz de resistirse al hipnótico poder con que el conde de Iversley la estaba examinando en la fiesta de lady Jenner. Katherine nunca se había sentido tan incómoda ante la presencia de un hombre, aunque lo cierto es que nunca antes ningún hombre la había mirado de ese modo.

Hizo un enorme esfuerzo por no prestarle atención. Sin embargo, en cualquier espacio de la sala a la que el vals la llevaba a ella y a su acompañante de baile, sir Sydney Lovelace, podía sentir cómo la mirada azul y penetrante de lord Iversley la perseguía, desnudándola, desvelando todos sus secretos.

¡Y eso que ella no tenía ningún secreto!

Pensó que después de oír los chismes y comentarios que circulaban sobre sus diez años como un calavera empedernido, con mil aventuras en cientos de puertos exóticos, cada uno de esos años se resumía ahora en esos profundos ojos salvajes, que prometían encender la pasión de cualquier mujer ansiosa por sus caricias...

Tras unos segundos, Katherine se escandalizó de sus propios pensamientos. ¿Cómo podía dar rienda suelta a la imagi-

nación de ese modo? Además, ¿qué derecho tenía el conde de Iversley a desnudarla con la mirada? ¡Si ni tan sólo los habían presentado!

Después de otra vuelta alrededor de la pista de baile, Katherine echó un vistazo furtivo hacia las puertas de la galería, el lugar que todavía ocupaba ese apuesto aristócrata. Se fijó en que sostenía una copa de champán en la mano y... que no estaba solo. Lady Jenner charlaba con él al tiempo que le ofrecía una generosa vista de su amplio escote.

Katherine esbozó una mueca de fastidio. Sólo porque lord Iversley fuera un joven apuesto y perverso capaz de desplegar todos sus encantos con ese vistoso chaleco blanco a rayas y ese traje negro tan elegante no era motivo para que las mujeres mostraran su entusiasmo por él de forma tan descarada.

Y no era que a Katherine le importara realmente quién intentaba atraer a ese seductor, no, porque ella tenía a Sydney, su prometido, bueno, casi su prometido; sólo hacía falta que éste se atreviera a formalizar definitivamente el pacto que habían sellado en la infancia.

De acuerdo, Sydney no tenía unos hombros tan anchos, y su pelo le rodeaba la cara en delicados rizos dorados en lugar de en esa gloriosa masa de vaporosas ondas negras.

Katherine lanzó un bufido. No existía comparación posible. Sydney era la personificación del refinamiento más caballeresco, en cambio, lord Iversley encarnaba todo aquello que era peligroso, como la pantera enjaulada que ella y su mamá habían visto en la tienda de animales esa misma tarde. Ningún caballero que se preciara de serlo tenía una piel tan morena, unas manos tan grandes, unos muslos tan soberbiamente musculosos, tanto que prácticamente se le salían de los calzones que llevaba ajustados en las rodillas...

¡Cielo santo! Pero ¿qué diantre le pasaba? ¿Cómo podía estar pensando en semejantes detalles? Y ahora, tanto él como lady Jenner la estaban mirando al tiempo que murmuraban y sonreían.

¿Acaso hablaban de ella? No, no podía ser. Un notable seductor con una fama de sinvergüenza como él nunca la perseguiría. Al menos eso era lo que había leído en *A Rake's Rhetoric*, ese horripilante libro que había hallado escondido en el

estudio de su papá ya fallecido. Según palabras textuales: «Puesto que abundan tanto las viudas y las esposas serviciales y complacientes, el placer no hay que buscarlo en las vírgenes bien educadas y de linaje. Seducir a una damisela inocente conlleva consecuencias que superan los posibles placeres que se puedan alcanzar».

Ella era sin duda alguna una virgen bien educada y de linaje, y lord Iversley era seguramente más proclive a la clase de placer que las mujeres como lady Jenner podían ofrecerle.

—¿Kit? —Sydney intentó captar su atención mientras daban otra vuelta en la pista de baile.

Katherine apartó la vista de lord Iversley. ¿No sería maravilloso que Sydney se hubiera dado cuenta de cómo el conde la había devorado con la mirada y que ahora estuviera inmensamente celoso?

—¿Sí?

—Asistirás a mi conferencia mañana, ¿verdad?

Suprimiendo un suspiro, Katherine levantó los ojos y los clavó en esa carita dulce que conocía tan bien como la suya propia.

—Por supuesto; no me la perdería por nada en el mundo.

Él le mostró su alegría a través de una tierna sonrisa y después se encerró nuevamente en su usual estado de distracción, probablemente pensando en una rima difícil para su próximo poema épico. No, Sydney nunca repararía en las miradas descaradas del conde.

Y si Sydney no reaccionaba pronto, mamá cumpliría su amenaza. Katherine relajó los hombros. Quizá había llegado el momento de forzar un poco la situación.

—Aunque no sé si podré también asistir a tu conferencia en Argyle Rooms el mes que viene.

Él parpadeó desconcertado.

—¿Y por qué no vas a venir?

—No nos quedan suficientes reservas económicas para permanecer en Londres por más tiempo. A menos que alguna medida acuciante cambie nuestra situación, por supuesto —alegó ella. Indudablemente no podía ser más clara.

Sydney frunció el ceño y miró de soslayo a la madre de Katherine.

—¿No podéis tocar la herencia que os dejó vuestro abuelo? ¿Ya habéis hablado con el abogado?

—Dice que el testamento es inviolable. No podré acceder a mi fortuna hasta que me case.

Y ésa era precisamente la razón por la que su mamá insistía tanto en que se buscara un marido.

—Pues vaya muestra de desconsideración por parte de tu abuelo.

Katherine, en cambio, pensó que la decisión de su abuelo había sido completamente acertada. Entre las empresas ilícitas de su papá y la pasión de su mamá por malgastar dinero, habrían fundido la fortuna familiar en cuestión de semanas. Por desgracia, el abuelo no había tenido en cuenta que Katherine pudiera tardar tanto en casarse, ni tampoco que su yerno pudiera fallecer tan joven y dejar a la familia sumida en unas enormes deudas que ponían directamente en peligro la propiedad de Heath's End.

Sydney continuó volteando con ella bajo los candelabros de cristal engalanados con flores de cerezo.

—Si quieres puedo hablar con mi madre para que os invite a pasar una temporada en nuestra casa de la ciudad.

—No, de ningún modo; no me gustaría que se sintiera forzada a invitarnos —respondió Katherine imaginando la actuación nefasta que ofrecería su mamá, paseándose por esa casa y comentando el elevado precio de todos los muebles. Una semana con esa tortura conseguiría que Sydney acabara hasta la coronilla de ellas dos—. Además, no creo que fuera apropiado.

—Tienes razón. —Y con esas dos palabras Sydney dio por zanjado el tema—. ¡Qué vestido más original que llevas esta noche!

Sin pensarlo dos veces había cambiado de tema rápidamente. Bueno, por lo menos se había fijado en el vestuario que ella había elegido tan cuidadosamente para la ocasión.

—¿Te gusta?

—Digamos que es un... un color interesante.

Katherine tragó saliva.

—Pensé que el rojo era apropiado para el baile que lady Jenner ofrece cada primavera, cuando florecen los cerezos.

—Pero las flores del cerezo son blancas.

—Sí, pero las cerezas son rojas.

—Bueno, este vestido es indudablemente rojo. Y el tono en particular es muy... ejem...

«¿Seductor? ¿Provocativo?»

—Atrevido —apuntó él finalmente—, pero a ti siempre te ha gustado lucir trajes vistosos.

Para Sydney, el concepto atrevido no era positivo.

—No te gusta —murmuró Katherine.

—Yo no he dicho eso. De hecho estaba pensando que ese color le sentaría de maravilla a Serena, el personaje de *La Belle Magnifique*.

Katherine se sintió completamente ultrajada.

—¿La cortesana? —El tono de su voz se hizo audible por encima de la música—. ¿La que es tan descarada que incluso consigue turbar al rey?

Sydney parpadeó nuevamente. Su expresión era inescrutable.

—No, espera... no quería decir que tú... Sólo que...

—¿Es por eso que Serena es pelirroja como yo? —preguntó mientras sentía una fuerte punzada de dolor en el pecho—. ¿Es así como me ves, tan ostentosa como...?

—¡No, no a ti; estaba hablando de tu vestido! Me refería únicamente al color, quiero decir... mira, ya me entiendes, es que es un tono tirando a escarlata, ¿no estás de acuerdo? Y coronado con esa banda dorada desde el hombro hasta la cintura... bueno, ciertamente consigues llamar la atención; especialmente si encima llevas esas alhajas de fantasía.

—No puedo permitirme comprar piedras preciosas reales, Sydney; al menos no hasta que me case.

Él actuó como si no hubiera oído ese último comentario.

—Pero las señoritas solteras no suelen vestirse de forma tan llamativa. Recurren a las perlas y a los trajes de color marfil...

—Ya, pero con mi pelo y mi figura parecería un cirio. Me guste o no, mi melena es indomable, pero no quiero obsesionarme con esa cuestión; por lo menos, con estos colores consigo desviar la atención de la gente.

—Podrías probar con ponerte un turbante —sugirió él inocentemente—. He oído que están de moda.

Ella se apartó de él. Su vanidad no podía soportar ese golpe.

—No pienso ataviarme con ningún turbante, ni dejar de lucir mis joyas, y no me voy a enfundar en trajes que no me favorezcan.

La alarma se extendió por la cara de Sydney, quien odiaba discutir.

—Claro que no, yo no he dicho que debas hacerlo —apostilló con tono apaciguador—. Ya sabes que te encuentro encantadora. Eres mi musa, siempre me inspiro en ti para componer mis versos más sublimes.

Sí, para proporcionarle ideas para sus personajes más desvergonzados. Si había creído que con su vestido podía deslumbrar a Sydney y conseguir que la mirara como a una mujer se había equivocado. ¿Acaso no se daba cuenta de que ya no era esa niñita marimacho con la que había compartido tantas horas de juego en la infancia? Ni siquiera nunca la había intentado besar. Hablaba como si fuera su prometido, sí, pero actuaba como un simple amigo. A pesar de que ella deseaba casarse con ese amigo, sería agradable que, por lo menos una vez, la tomara en brazos y...

—Vamos, no me digas que te vas a enfadar por esa tontería. —El vals había terminado, y Sydney la llevó fuera de la pista con su usual elegancia—. Sabes que no puedo vivir sin ti.

—Porque soy la musa de tu poesía —refunfuñó ella.

—Porque tú eres mi poesía.

La tierna declaración logró disolver toda su ira.

—¡Oh, Sydney! Eso que acabas de decir es realmente bonito.

La cara de su prometido se iluminó con una enorme sonrisa.

—¿Verdad que sí? ¡Qué línea más buena! He de escribirla ahora mismo, antes de que se me olvide. —Empezó a rebuscar en sus bolsillos—. ¡No puede ser! No encuentro ningún trozo de papel para anotarla. Supongo que no tendrás una libretita en tu retículo, ¿no?

Katherine sacudió la cabeza sin abrir la boca. Jamás llevaría a Sydney al altar, jamás. Y su mamá la seguiría atosigando con la cuestión de las deudas familiares hasta que ella accediera a casarse con el primer cazafortunas que se cruzara en su camino, y con ello conseguiría que sus hermanitas pequeñas no acabaran convertidas en gobernantas y que su hermanito de cinco años no heredara una mansión totalmente en ruinas.

Sydney no se dio cuenta de su decepción.

—Está bien. Sólo puedo... —prosiguió él mientras continuaban paseando por la sala. De repente, él se detuvo en seco y obligó a Katherine a detenerse también. Cuando ella levantó la vista, descubrió que su prometido estaba observando de reojo a alguien que se hallaba detrás de ella—. ¡No mires! ¡Disimula! El conde de Iversley no nos quita la vista de encima.

Ella forzó una sonrisa.

—¿Ah, sí? —Ciertamente Sydney había tardado mucho en darse cuenta—. Quizá se ha fijado en mi tosco vestido.

—¡Yo no he dicho que fuera tosco! —espetó él—. Además, nos está mirando a los dos.

—¿De veras? ¿Y qué motivos podría albergar el conde de Iversley para observarnos de ese modo? —soltó ella con un tono impertinente.

—Probablemente me ha reconocido. Estudié con ese tunante en Harrow. Él y sus amigos eran la peste en persona, no tenían remedio; eran unos alborotadores a los que no les gustaba estudiar ni aplicarse en nada que pudiera ser útil. Iversley era el peor de todos, siempre a punto para infringir cualquier norma del colegio, y siempre se libraba de los castigos porque era el primogénito mimado de un conde. —El resentimiento de Sydney se hizo evidente en su rostro—. Lo bautizamos con el apodo de Alejandro Magno. Supongo que ha venido a Londres a dilapidar toda la fortuna que su padre le dejó.

Katherine lanzó otra mirada fugaz al conde. Cualquiera que fuera capaz de exaltar a Sydney debía de ser un verdadero demonio.

Nuevamente lord Iversley la estaba examinando. ¡Uf! La franqueza impúdica con que la desnudaba con la mirada, palmo a palmo, de los pies a la cabeza, resultaba absolutamente incómoda. El corazón de Katherine comenzó a palpar rápidamente y notó que le faltaba el aire. Cuando Iversley culminó su detallado recorrido en su cara, la inundó una profunda sensación de mareo.

En aquel punto, él elevó su copa de champán como invitándola a realizar un brindis, como si los dos compartieran un secreto, como «dos alondras que conocen la letra de su canción más íntima», su línea favorita de entre todos los poemas de Sydney.

Ruborizada, desvió la vista rápidamente. Se suponía que tenía que centrar todos sus esfuerzos en conseguir que Sydney se le declarara, en lugar de intercambiar miradas con lord Iversley.

—Será mejor que nos pongamos en guardia. —Sydney la agarró por el brazo—. Marchémonos de aquí antes de que ese canalla me pida que os presente. No quiero que ese sinvergüenza se te acerque.

No, por supuesto que no. Porque si el conde podía dejarla sin respiración con tan sólo una mirada, no podía imaginar qué pasaría si se le acercaba. Probablemente se le pararía el corazón. Sin lugar a dudas, ese hombre tenía unos vastos conocimientos de los secretos divulgados en el libro *A Rake's Rhetorick*.

—Además —continuó él—, necesito hablar contigo en privado.

El corazón de Katherine dio un vuelco cuando Sydney la arrastró hasta las puertas de la galería.

«¡Gracias, lord Iversley!»

Aunque no había conseguido seducir a Sydney con sus artes de mujer, parecía que unas leves gotitas de celos iban a conseguir el objetivo tan ansiado.

Había llegado el momento.

Alec observó cómo su preciada presa desaparecía del brazo de ese joven de tez clara. ¿Tenía razón lady Jenner? ¿Acaso la señorita Merivale y él estaban a punto de prometerse? Byrne no le había mencionado ese detalle tan significativo.

A Alec le habría encantado conocer a esa mujer con la melena de fuego incluso antes de saber quién era. Su atuendo ya la distinguía del resto de las candidatas insípidas. Nada de blanco virginal para la señorita Merivale, oh, no. Vestida de escarlata, irradiaba pasión, como los vistosos trajes que se había acostumbrado a apreciar en España y en Portugal.

Y sólo con pensar que se trataba de la heredera que Byrne había elegido... ¿Cómo podía ser tan afortunado? O desafortunado, según se mirara. La rica heredera se hallaba en esos mismos instantes a solas en la galería con ese maldito joven. Si Alec hubiera elegido otra presa después de presenciar a la señorita Merivale, no habría sido feliz. Ella había logrado

despertar su interés como ninguna otra mujer de las allí presentes.

Relajó el brazo que todavía mantenía alzado con la copa de champán y sin pensarlo dos veces se dirigió a las puertas de la galería, las atravesó y siguió andando por el largo pasillo de mármol. Cuando estuvo suficientemente cerca de la pareja como para escuchar la conversación, se deslizó detrás de una de las columnas y encendió un cigarrillo.

—Admítelo, Kit —decía el hombre con tono malhumorado—, te has molestado porque no he... porque no he pedido formalmente tu mano.

—No estoy molesta —contestó la señorita Merivale—. Estoy segura de que tendrás tus razones.

Esa voz directa e implacable envuelta de feminidad agradó tanto a Alec como la respuesta tan acertada; si algo no podía soportar era a mujeres bobas y remilgadas.

—Pues sí, tengo mis razones —repuso él, a la defensiva—. Y la más importante es que la neuralgia ha vuelto a afectar a mi madre y ella...

—Perdona, Sydney, pero me parece que la neuralgia de tu madre va y viene cuando le place. Si tengo que esperar hasta que tu madre se recupere para que pidas mi mano, asistiré a mi funeral antes que a mi boda. —La señorita Merivale había pronunciado esas palabras casi susurrando, por lo que Alec tuvo que aguzar el oído—. Me parece que no le gusto a tu madre.

—No se trata de ti; es tu familia. En su opinión, no es apropiada, vaya, que es...

—Vulgar.

El término que Katherine acababa de pronunciar transportó a Alec a su infancia. Cómo odiaba esa palabra. Cuando era niño la había escuchado un sinnúmero de veces.

—No exactamente vulgar. —Sydney la corrigió—. Simplemente es que a mi madre nunca le pareció bien que mi padre y tu padre fueran amigos; no me negarás que tu padre era un individuo inmoral y grosero, y tampoco me negarás que tu madre es un poco...

—Pretenciosa. Sí, soy completamente consciente de los defectos de mi familia. —Por el tono de su voz quedaba patente que la mujer se sentía herida en su dignidad, tanto que Alec se

estremeció—. Comprendo lo que intentas decirme, y no te echo en cara que hayas tomado la decisión de no casarte conmigo.

—¡No! ¡Eso no es cierto! Sabes perfectamente que eres la única mujer de mi vida.

Alec apretó los dientes con rabia. Maldición. Por un momento pensó...

—Sólo digo que necesito un poco de tiempo para convencer a mi madre —se excusó Sydney.

—Pues yo no dispongo de tiempo —concluyó la mujer con aflicción—. Mi mamá me ha amenazado con que si no te me declaras en las próximas dos semanas, divulgará a gritos que soy libre y aceptará la mejor oferta de petición de mi mano antes de que regresemos a Cornualles.

Alec se quedó inmóvil y aguzó todavía más el oído.

—¡No puede hacer eso! —protestó Sydney.

—Por supuesto que no. Ella sabe que nunca aceptaré una maniobra tan perversa, pero hasta que no me case estoy segura de que mi vida en esa casa será un verdadero infierno. Y necesitamos dinero...

—Lo sé. —Sydney soltó un suspiro—. De acuerdo, dame dos semanas para convencer a mi madre. Si no lo consigo, te aseguro que de todos modos pediré tu mano.

Alec no pudo evitar una mueca de disgusto. «¡Vamos! Declárate a la mujer y acaba de una vez, o si no, abandona el juego y deja el tablero libre para los otros pretendientes.»

—¿Y qué diferencia hay entre ahora y de aquí a dos semanas? —inquirió la mujer suavemente.

«¡Buena pregunta!»

—Dejémoslo aquí, Kit; sabes que no soporto las peleas. Veamos, ¿qué es lo que quieres de mí? —El tono de Sydney era ahora de reproche—. A menos que seas tú la que estás cambiando de opinión. A lo mejor has decidido que deseas casarte con un hombre más aventurero en lugar de con un poeta flemático.

—¿Qué? ¿En quién estás pensando?

—Bueno, tenemos a Iversley, por ejemplo, que no ha cesado de mirarte en toda la velada.

Alec casi se atragantó con el humo del cigarrillo. Eso era in-

audito. Así pues, tenía que sentirse fatal por ser el causante de las desgracias de ese pobre idiota, pero lo cierto era que cualquier hombre que permitiera que su madre le gobernara la vida llevaba la desgracia dentro de sí mismo.

—Sólo porque me miró... —empezó ella.

—Y tú también lo miraste, y por si eso no fuera suficiente, él elevó la copa para dedicarte un brindis... delante de todo el mundo.

—¿Cómo sabes que el brindis no iba dirigido a ti? Tú estudiaste con él, no yo.

Alec frunció el ceño. ¿Sydney había estado en Harrow?

—Nunca fuimos amigos, así que no es posible que me dedicara ese brindis, y lo sabes perfectamente, si no, no te habrías sonrojado de esa forma ante su desfachatez.

—¿Cómo querías que reaccionara si el individuo al que me acababas de describir como la peste en persona me estaba mirando fijamente?

Los ojos de Alec se achicaron. Un momento... ¿No había en Harrow un poeta de pacotilla que siempre lo miraba con desdén? Ah, sí, Sydney Lovelace, un niño mimado, heredero de una baronía.

—No debiste darle cuerda —gruñó Sydney.

—Dudo que un calavera como él necesite que nadie le dé cuerda. ¿Acaso no es cierto que los de su especie consideran que su misión es correr detrás de cualquier cosa que lleve falda? Por lo menos eso era lo que hacía mi papá.

Sin duda la mujer era franca, y además comprendía las pautas hipócritas por las que se regía la sociedad; otro punto a su favor.

—De veras, Kit —prosiguió Lovelace—, a veces me sorprende que sepas mucho más que lo que se espera de una joven respetable... o sea, de esa clase de cosas.

—Ahora llegamos al verdadero quid de la cuestión. Lo que te preocupa es que mi personalidad sea inmoral, tan similar a la de mi papá —sentenció ella secamente—. Pues quizá tengas razón, porque deseo saber mucho más sobre esa clase de cosas.

Alec pensó que la conversación se ponía cada vez más interesante.

—¿Qué has dicho? —exclamó él, mostrándose alarmado.

«¡Que quiere que tú le enseñes esas cosas, botarate! Y entonces no tendrás que acusarla de flirtear con desconocidos.»

—Digo que quiero saber qué es lo que sientes por mí —matizó ella.

—¡Pero si ya lo sabes! Eres la única mujer con la que deseo casarme. Por eso pienso dedicarte mi poema mañana, durante la conferencia, delante de todo el mundo. ¿Qué más puedes pedir?

Cielos, el chico mostraba tener muy pocas luces. Si se lo ponía tan fácil en la competición, Alec estaría casado con la señorita Merivale antes de que la semana tocara a su fin.

—¡Necesito algo más que un poema! —Había una súplica clara en su tono grave—. ¡Por el amor de Dios! Tengo veintidós años, y jamás me ha besado ningún hombre.

—¡Katherine!

El grito de Sydney tomó a Alec desprevenido. Perseguir a su presa en público era una cosa, pero en privado estaba descubriendo unos secretos deliciosos...

—Formamos prácticamente una pareja, y las parejas a veces se besan —presionó ella.

—Sí, pero... bueno... nunca se me ocurriría faltarte al respeto de ese modo, y estoy seguro de que a ti tampoco te gustaría.

—Pues te quedarías muy sorprendido —murmuró ella.

Alec no pudo reprimir una sonrisa burlona. Acuciado por unas enormes ganas de presenciar la escena además de escuchar esa fascinante discusión, asomó la cabeza por detrás de la columna. Lovelace estaba lívido, con expresión de pánico, en cambio la señorita Merivale se erigía como una diosa griega, con porte seguro, un poco azorada y con los ojos suplicantes.

El tipo era o tonto, o ciego, o estaba como un cencerro. ¿Qué hombre en su sano juicio se podría resistir a una mujer como ésa? ¿Existía quizás otra mujer? Lovelace no le parecía tampoco un mariposón.

—No entiendo qué es lo que te pasa —la reprendió Lovelace con firmeza—. Seguro que es ese Iversley, ¿no es cierto? Te ha seducido, te ha confundido, y ahora tienes la cabeza llena de pájaros sobre ese tema... ¡No deberías haberlo consentido! ¡Qué desfachatez! Con su brindis y su galanteo...

—¡No tiene nada que ver con él! —largó la mujer—. ¡Pero si ni siquiera lo conozco! Aunque me apuesto lo que quieras a que él me besaría si se lo pidiera.

Justo cuando hubo terminado de decir esas palabras, Katherine se tapó la boca con ambas manos, horrorizada.

«Demasiado tarde para arrepentirte, princesa —pensó Alec con entusiasmo—. Ahora lo has atacado directamente en su orgullo. Incluso un patético timorato como Lovelace no consentirá esa afrenta.»

Lovelace irguió la espalda y con aire muy solemne dijo:

—Si ésa es la clase de comportamiento vergonzoso que quieres, entonces quizá yo no sea el marido ideal. Pero si deseas a un hombre que no se fija en los aspectos superficiales como en el físico, y que te adora por tu inteligencia y por tu carácter responsable, entonces ya sabes dónde encontrarme—. Sin perder la compostura, Lovelace dio media vuelta y se dirigió a la sala de baile.

Había dejado a la señorita Merivale sola, con el camino completamente despejado...

Alec salió de entre las sombras y se personó delante de Katherine.

—Señorita Merivale, tiene usted toda la razón. Si me lo pidiera, la besaría sin pensármelo ni una sola vez.

Capítulo tres

A veces el comportamiento adecuado de una mujer en público meramente esconde su sed de pasión.

ANÓNIMO,
A Rake's Rhetorick

Katherine no podía dar crédito a sus ojos. ¿Lord Iversley? ¿Allí en la galería? Ya era terrible haberse peleado con Sydney de una forma tan espantosa, pero encima tener un testigo de su humillación... Se preguntaba si él había escuchado toda la riña.

—¿Cuánto... cuánto tiempo lleváis aquí? —balbuceó ella.

—El suficiente. —La luz de la luna acentuaba los bellos rasgos de lord Iversley mientras éste la penetraba con una mirada atrevida, depredadora.

Sus ojos eran fascinantes, perturbadores, de un azul que parecía no ser terrenal. A pesar de que no podía tener más de veintisiete años, con su mirada delataba que conocía los secretos de la vida y del mundo más allá de lo que ella alcanzaba a comprender. Y ahora incluso sobre ella, también, según qué parte de la conversación hubiera escuchado.

Se sintió mortificada por esa situación tan incómoda.

—¿Por qué nos espiabais?

Lord Iversley inhaló una última bocanada del cigarrillo, después lo lanzó al suelo y lo apagó con la punta de la bota.

—Sólo había salido a la galería a fumar un cigarrillo.

—Escuchar las conversaciones de otra gente es una gran falta de educación.

—Y hablar mal de alguien a sus espaldas también es una

gran falta de consideración. Lo cierto es que no sabía que tuviera fama de ser un calavera tan pérfido.

La cara de Katherine se puso al rojo vivo. En esos momentos deseó que se la tragara la tierra.

—No quisimos decir... bueno... cielos, debéis pensar que somos un par de irrespetuosos.

—Para ser sincero, vuestras críticas no me han afectado ni lo más mínimo. Especialmente después de oír vuestra súplica.

—Lord Iversley pronunció la frase lentamente y en un tono de voz grave y sensual que hizo estremecer a Katherine.

—¿Mi súplica?

—Veintidós, y nunca os han besado... hummm... Deseo expresaros mi deseo de besaros, tal y como afirmasteis que lo haría.

Ella dio un paso hacia atrás. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Lo último que necesitaba era un hombre como ése persiguiéndola con la única y clara intención de seducirla. A lo mejor Sydney tenía razón acerca de su vestido, quizá lord Iversley estaba juzgando erróneamente su castidad. Si no iba con sumo cuidado, podía arruinar su reputación y perder a Sydney.

—Gracias por vuestra oferta, señor, pero todavía no he caído tan bajo como para tener que rogar a un desconocido que me bese.

—No soy exactamente un desconocido. —Él avanzó hacia ella con la gracia de un tigre que rodea a su presa—. En los últimos diez minutos he aprendido bastantes cosas acerca de vos.

—¿Qué? —balbuceó ella mientras intentaba batirse en retirada lentamente. Finalmente topó con una de las columnas de mármol.

Lord Iversley sólo se detuvo a un metro escaso de ella.

—Sé que sois franca, directa, pragmática y...

—¿Lasciva? ¿No es por eso por lo que estáis aquí en estos momentos?, puesto que le pedí a sir Sydney que me besara...

Él la estudió minuciosamente.

—Yo a eso lo llamo ser valiente, y honesto. Perseguís lo que queréis sin pedir permiso ni perdón. Admiro mucho esa virtud, especialmente en una mujer.

—¿Por qué especialmente en una mujer?

Una sombra eclipsó la sonrisa arrogante del conde.

—Porque a las mujeres se os enseña normalmente a hacer lo que se os manda sin pedir explicaciones, y eso no resulta inteligente para nadie.

—Es un consejo ciertamente extraño, sobre todo teniendo en cuenta que lo acaba de pronunciar un hombre que está a punto de abordar a una mujer.

La sonrisa gallarda reapareció.

—No tengo intención de abordaros. Sólo os estoy confirmando lo que habéis formulado en voz alta hace escasos minutos: que estaría dispuesto a besaros si me lo pidierais. —Sus ojos empezaron a recorrerla lentamente de arriba abajo, primero se detuvieron en su garganta, después en sus pechos, en su barriga, y luego más abajo. Juguetón y seductor, lograba hacer mella en cualquier punto donde fijaba la vista—. Creedme, si hubiera estado en el puesto de Lovelace, no tendríais que haberme pedido nada.

A pesar de que su corazón latía indomablemente, Katherine intentó hablar de forma sosegada. Sabía que ante tal espécimen no se podía permitir perder la compostura.

—No me cabe la menor duda de que lo haríais, a juzgar por lo que he oído de vos.

Los ojos de lord Iversley empequeñecieron y esgrimió una mueca de fastidio.

—Estoy segura de que os sabéis de memoria la historia que corre acerca de vos: Un aristócrata joven e irresponsable se comporta de forma terrible, por eso es enviado al extranjero, para que no se meta en más líos, pero allí descubre los placeres terrenales y se niega a regresar, hasta que su padre muere y él hereda el título de conde. Así pues, el nuevo conde, que no por ello ha dejado de ser un tarambana, vuelve a su hogar con la intención de ver qué estragos puede causar en estas tierras para él desconocidas.

—Realmente demostráis ser una mujer muy inteligente, con esa descripción cliché con la que acabáis de resumir mi vida —declaró él con expresión de estar divertido.

—En cambio yo no considero que sea muy inteligente convertir la vida de uno mismo en un cliché.

La satisfacción se borró del rostro de lord Iversley.

—¿Así que de verdad creéis todo lo que se comenta de mí?

—Vuestra presencia aquí es una prueba irrefutable.

El conde avanzó hasta que prácticamente la rozó con su cuerpo. Katherine irguió la cara y pudo ver las mejillas angulosas y las cejas arqueadas que propinaban ese aspecto tan arrogante y a la vez interesante en su interlocutor.

—Y yo que había pensado que seríais capaz de concederme el beneficio de la duda. A Lovelace se lo habéis ofrecido con creces.

Ella notó cómo se sonrojaba.

—Sé que, aunque tenga muchos otros posibles defectos, Sydney me ama.

—No lo suficiente como para daros el beso que le pedís.

—No lo comprendéis...

—Sí, sí que lo comprendo. No es más que un cobarde que tiene miedo a plantarle cara a su madre, así que os acusa a vos y a vuestra familia de sus propias debilidades.

Acto seguido, él se acercó más a ella y le susurró al oído:

—Pero yo no soy un cobarde, y yo también persigo aquello que deseo, Katherine.

Exactamente igual que Alejandro Magno, quien no sólo fue famoso por su conquista de Asia sino también de un sinnúmero de mujeres. ¿Cómo era posible que, con ese tono grave y sensual que lo caracterizaba, el conde hubiera logrado pronunciar un nombre tan vulgar como el de ella de un modo tan exótico, como Cleopatra?

—¿Cómo sabéis mi nombre?

—Además de que Lovelace lo pronunció, le pregunté a lady Jenner acerca de vos.

Una ola de excitación le recorrió todo el cuerpo. Hasta ese momento, ningún hombre había osado indagar acerca de ella. También era cierto que ella apenas se había dejado ver en sociedad, no obstante, encontró la actuación del conde de lo más halagadora.

Pero seguramente por eso lord Iversley se lo había dicho, para impresionarla. Katherine lo miró con desconfianza.

—No deberíais llamarme Katherine. No es apropiado.

—¿Preferiríais que os llamara Kit? Tampoco me parece el nombre más apropiado para una dama como vos.

El conde demostraba ser un interlocutor muy hábil. Probablemente había memorizado *A Rake's Rhetorick* cuando sólo contaba con doce años. Sus cumplidos enturbiaban los pensamientos de Katherine, y eso era sumamente peligroso: en esos momentos era crucial actuar y pensar de forma racional.

Ella se esforzó por continuar hablando con un tono relajado, como aparentando que estaba totalmente tranquila.

—Preferiría que me llamarais señorita Merivale. De hecho, hasta que no nos presenten formalmente, no deberíais dirigirme la palabra.

Lord Iversley soltó un suspiro de fastidio.

—¿No os parece que sois demasiado estricta en lo que se refiere a la actuación de una mujer no casada que hace tan sólo escasos minutos pedía encarecidamente que la besaran bajo la luz de la luna?

Katherine levantó la barbilla de forma altiva.

—Es distinto. Sydney y yo estamos prácticamente comprometidos.

—Pues parece ser que él desea prolongar su estado actual para siempre.

A pesar de que ella pensaba lo mismo, odiaba escuchar tal declaración en boca de esa alma perdida.

—No sabéis nada de él. Es un reputado poeta, y es más caballero que vos, por más que lo superéis con vuestro título nobiliario.

—De eso no me cabe la menor duda. Pero no os besaré. Y yo sí. —Asió con su mano la banda dorada del vestido de Katherine y la atrajo hacia sí.

El pulso de Katherine se aceleró como en una danza frenética e imparable.

—No quiero que me beséis —protestó casi sin fuerza.

Él la obsequió con una sonrisa burlona.

—¿No? Entonces, ¿por qué estáis todavía aquí, en lugar de salir corriendo precipitadamente hacia la sala de baile para unirnos a vuestro querido compañero?

Sin duda el conde se había formado una idea errónea acerca de ella. Con un movimiento rápido que tomó a lord Iversley por sorpresa, se deshizo de su garra y avanzó rápidamente hacia la puerta de la galería.

Únicamente había logrado subir un par de peldaños cuando él la volvió a agarrar por el codo.

—Por favor, no os marchéis. No hay nadie aquí, ningún testigo, así que si infringís un par de normas no pasará nada...

Nuevamente notó cómo un escalofrío de placer le recorría todo el cuerpo. Después él empezó a quitarle el guante suavemente hasta que dejó al descubierto su mano desnuda. Debería de sentirse aterrada, así que, ¿por qué no se resistió cuando él la aprisionó entre la columna y su cuerpo?

Porque de alguna manera estaba harta de comportarse de forma responsable. Desde la muerte de su abuelo, ella había tenido que encargarse de coordinar a los sirvientes, realizar los tratos con los mercaderes, y dar clases a sus hermanas.

No obstante, no podía olvidar la lección que había aprendido gracias al pésimo comportamiento de sus padres: la desidia conducía a la ruina.

—Lovelace también ha dicho que no deberías querer que os besaran, pero sé que no es así; lo estáis deseando. —Apoyó ambas manos en la columna, de modo que ella quedó atrapada entre sus brazos—. Francamente, ¿por qué no sacáis ventaja de un hombre que anhela satisfacer vuestros deseos?

Qué hábil demostraba ser, dando la vuelta a la situación para que pareciera que era ella la que se estaba aprovechando de él.

—No quiero obligaros —respondió ella sarcásticamente—. Estoy segura de que tenéis otras obligaciones más importantes, como por ejemplo satisfacer a señoras como lady Jenner, en lugar de dedicar vuestro tiempo a párvulas como yo.

—Por lo menos no tengo la obligación de cuidar de mi madre.

Eso había sido un golpe muy bajo, especialmente porque expresaba en voz alta las dudas más secretas de Katherine. Ella tragó saliva.

—Sydney me besaré cuando llegue el momento oportuno.

El conde la miró con incredulidad.

—De acuerdo, digamos que al final se decide a hacerlo, quizás en vuestra noche de bodas, si es que finalmente os casáis; pero eso no significa que no me podáis besar esta noche. De ese modo tendréis un punto de comparación en el futuro.

—¿Y por qué desearía una cosa así?

—Porque entonces, cuando os halléis varada en vuestra vi-

da insulsa y rutinaria con vuestro insípido marido os daréis cuenta de lo que os habréis perdido.

Katherine lo miró con recelo.

—Y supongo que vos estáis dispuesto a participar en la comparación.

—Os lo aseguro.

—Decidme, ¿a la mayoría de las mujeres las seduce vuestra arrogancia?

Él lanzó un suspiro, entristecido.

—Nunca lo había intentado con ninguna otra mujer. Sois la primera.

—Permitidme que os exprese mis dudas, pues por lo que he oído tenéis sobrada experiencia con las mujeres. No creo que sea necesario que me agreguéis a vuestra larga lista.

—En cambio vos sí que necesitáis añadirme a la vuestra. Porque si optáis por esperar pacientemente a que Sydney se decida, quizá tendréis que esperar toda la vida.

La verdad de esa afirmación la dejó muda, y en silencio se mantuvo cuando lord Iversley empezó a acercarse más a ella. Para ser sinceros, él le otorgó el tiempo suficiente para protestar, pero ella no lo hizo. Los labios de él se abrieron lentamente, dejando escapar su dulce aliento que la envolvió y embriagó. Al ver que Katherine no se oponía, el conde asumió que le daba su consentimiento. Después de todo lo que lord Iversley le había referido, ella sentía una creciente curiosidad.

En el instante en que sus labios se unieron ella comprendió por qué la curiosidad era tan peligrosa, ya que aunque en su mente empezaba a sentir remordimientos, su cuerpo se entregaba como la mujer lasciva que Sydney creía que era.

Después el conde acopló su boca a la de ella, y Sydney se convirtió en una figura irrelevante. Katherine pensó que su prometido nunca olía a tabaco ni a secretos, ni jamás había conseguido acelerar su pulso de esa forma, excepto en sus sueños nocturnos.

Ahora sus sueños ya no volverían a ser los mismos. Pero ¿cómo un beso podía ser tan... tan delicioso, incluso con el hombre indebido? Y lord Iversley era sin lugar a dudas el hombre indebido. Qué lástima que besara tan bien, sus labios tan suaves sobre los suyos... de forma tan sutil...

Pero la razón venció a la locura y Katherine apartó la cara. ¿Cómo había podido permitir que él llegara tan lejos?

—Basta, señor. Ya me habéis enseñado lo que es un beso. Ahora dejadme marchar.

Pero el conde enmarcó con su pulgar y su dedo índice la barbilla de Katherine suavemente y después le obligó a levantar la cabeza.

—Pero es que todavía hay más cosas ocultas en un beso, mucho más.

—No es posible, ¿cómo puede ser? —preguntó impulsivamente. Después Katherine se sonrojó y se arrepintió de haber formulado esa cuestión.

El conde la abrasaba con la mirada, y ella no podía remediar la intensa sensación de calor en sus mejillas. Su barbilla empezó a temblar, y lentamente comenzó a notar la incómoda excitación del fuego interno que inflamaba todo su ser.

—Os lo enseñaré si eso es lo que deseáis.

Si realmente existía algo más, quizá sería adecuado aprenderlo; de ese modo evitaría parecer una completa inexperta cuando Sydney finalmente se decidiera a besarla.

—Sí, supongo que será mejor que me lo mostréis, pero por favor, hacedlo rápidamente.

Sofocando la risa, él deslizó su dedo pulgar sensualmente por encima del labio inferior de Katherine.

—Qué boca más dulce que tenéis. Permitidme que penetre en ella.

¿Penetrar en ella? Antes de que pudiera cuestionar esa petición tan curiosa, él se inclinó nuevamente para besarla, pero esta vez hizo una ligera presión con su dedo pulgar sobre el labio inferior de ella, obligándolo a separarse e introdujo la lengua dentro de su boca.

¡Ahora lo entendía! Así que eso era lo que quería decir penetrar su boca. Qué... extraño.

Y qué excitante. E impúdico, y...

Su lengua se retiró, sólo para empujar de nuevo bruscamente. Él repitió el movimiento íntimo hasta que ella estuvo demasiado aturdida como para pensar, demasiado mareada para sostenerse en pie. Se agarró con fuerza a los hombros del conde, como si con ello le fuera la vida.

Con un gruñido de placer, él la rodeó por la cintura con el brazo, obligándola a arrimar su cuerpo contra el de él, desde sus pequeños pechos hasta los muslos, encendiendo su fogosidad en todos los puntos de su cuerpo que entraron en contacto.

No era posible, ella no podía imaginar que un beso la hiciera sentir tan... feliz, y tan temeraria. Cualquier cosa capaz de producir ese inmenso placer tenía que ser temeraria. Ahora debía frenar al conde, lo sabía, tenía que detenerlo.

Pero en lugar de ello, Katherine se aferró con más fuerza a su cuello, saboreando cada segundo del beso. Éste se prolongó durante un largo rato; una fabulosa diversión que enardecía todos sus sentidos, más allá de cualquier experiencia que hubiera experimentado con anterioridad. Ella inspiró el olor a tabaco que emanaba de su respiración, sintió cómo los inmensos músculos de sus hombros se flexionaban debajo de sus dedos, y entonces él empezó a besarla con más fuerza, más fieramente, más rápidamente, hasta que la cabeza de Katherine empezó a dar vueltas como un tiovivo y su cuerpo sucumbió ante el placer que le proporcionaba el musculoso cuerpo de su acompañante. Sí, era tal y como ella había imaginado que sucedería con Sydney cuando...

¡Sydney! ¡Dios mío!

De un manotazo apartó al conde y rompió el hechizo del beso. Durante unos momentos los dos intentaron recuperar el aliento perdido, respirando con dificultad.

Tras un enorme esfuerzo, Katherine logró pronunciar unas palabras:

—Gracias. Ha sido una... lección perfecta, y ahora, si me excusáis... —Su corazón todavía latía a mil por hora; empezó a desplazarse hacia la puerta. Debía escapar antes de que perdiera el control por completo.

Pero la maldita mano de su escolta se puso de nuevo en acción para retenerla.

Ella lo miró con firmeza.

—Dejadme marchar, antes de que mi mamá salga en mi busca; o todavía peor, antes de que Sydney nos descubra aquí juntos. Su tono imperativo sólo consiguió hacer sonreír al conde.

—¿De veras queréis que os deje marchar?

Katherine notó un pinchazo de angustia en su pecho.

—Por favor.

La sonrisa de lord Iversley se desvaneció.

—¿Acaso os da miedo continuar con la lección?

Su pregunta la hizo desistir de su intentona de huir. Ella pensó que seguramente se trataba de un farol para retenerla, pero si verdaderamente todavía quedaba algo más que aprender...

No, eso era absurdo. El conde de Iversley podía disponer de cualquier mujer de la que se encaprichara, no necesitaba seducir a una virgen. Y si realmente era tan vil y sinvergüenza como todo el mundo decía, eso quería decir que no estaba preparado para mantener una relación formal que lo llevara hasta el altar.

—Se acabó la lección —anunció ella serenamente.

—Pues yo opino que necesitamos repetirla.

—Ni hablar, lord Iversley.

Por primera vez en esa noche, la rabia afluyó en los rasgos del conde.

—Llamadme Alec, y no lord Iversley. No quiero que me veáis como un aristócrata, sino simplemente como un hombre.

—Con gran ímpetu volvió a atraerla hacia él—. Y ahora prosigamos, ¿estáis lista para repetir la lección del beso?

—No, no podemos repetirla —insistió ella mientras sacudía enérgicamente la cabeza e intentaba librarse de sus fuertes brazos—. Tengo que irme... por favor, Alec.

Un destello peligroso emergió en los ojos del conde, un destello que se desvaneció rápidamente y que fue reemplazado por una suave sonrisa de la que Katherine desconfió.

—De acuerdo, os dejo en paz... por el momento —dijo mientras retiraba el brazo—. Pero os lo advierto, éste no va a ser nuestro último encuentro.

—Os equivocáis. Tiene que serlo. Me voy a casar con Sydney.

—¿De veras?

Las palabras se quedaron suspendidas en el aire, cuestionando todos los planes de futuro de Katherine.

—Sí. Así que os pido que me dejéis en paz.

Con una gran celeridad se dio la vuelta y voló hacia la sala de baile, pero todavía alcanzó a escuchar como un murmullo la voz grave y sensual del conde:

—Ni lo soñéis, princesa. Me temo que eso no va a ser posible, mi dulce Katherine.